

Rechazó el ofrecimiento mediante un gesto, para meterse de nuevo la mano en el bolsillo del pantalón, por lo que se balanceó, perdiendo el equilibrio y escorándose hacia un lado. La muchacha que repartía los folletos tardó en retirar el brazo y, como consecuencia de ello y de su escoramiento, arrolló todo a la vez. Frenó en seco y se giró. Ella se había agachado e intentaba recoger, el aire se llevaba los impresos pasillo adelante. Algunos terminaron pisados, quizá premeditadamente, no deja de haber cierta animadversión frente a tanta publicidad, tanto ofrecimiento de muchachas efébicas que anuncian la oportunidad, la maravilla o el encantamiento. Hizo intención de ayudar a la pastorcilla a reunir el rebaño. El aire frío se movía con furia, una ráfaga violenta encelada en el túnel. A la muchacha se le hinchaba el chubasquero, amarillo, y parecía que fuera a izarse y emprender vuelo rodeada por una constelación de folletos multicolores. Él tenía las gafas empañadas y la imagen se le nublaba. Ella movía los labios. El chubasquero se le había subido un poco y se veían sus piernas largas, desnudas y alabeadas. Supuso que vocalizaba un impropio, o quizá directamente un insulto. No se pierde uno en narrativas en momentos así. Se acercó y se agachó a su lado y empezó a recoger, luego fueron avanzando los dos, como jugando al salto de rana. Él cogió el último de su zona y se irguió. La muchacha estaba como a quince metros. También había acabado. Se miraron. De tantas subidas y bajadas se le habían empañado aún más las gafas. Oyó ruido a su espalda. La muchedumbre avanzaba. Sin pensarlo cogió un folleto y estiró el brazo. Una mano lo cogió. Repitió el gesto. En un momento se había quedado sin impresos. La muchacha lo miraba con burla. Se acercó a ella. Sesenta y seis, dijo. Su afición por los números haciendo de las suyas. Ella movió los labios de nuevo. Se oía ruido otra vez. Le cogió el ramillete. En un instante terminó de repartirlos. La muchacha lo observaba apoyada en la pared, el chubasquero y la boca entreabiertos. Se acercó y le ofreció un café, para consumir la disculpa. Ella asintió con un gesto de la cabeza. Salieron juntos al aire frío de la mañana. Compartieron unos churros. Mientras ella bebía café él la soñaba en su casa, recién levantada, desayunando sentada a la

mesa junto a la ventana de la cocina, el cabello desordenado y un pijama a cuadros de colores desvaídos, él mirando, la sombra de su mirada. Ochenta y dos, dijo. Los folletos. Me podía haber tropezado cuando te quedaran quince, añadió burlescamente. Eran cien, aclaró ella. Le quedaba bien el chubasquero abierto, ahora sin viento que lo hinchara. ¿De qué eran? Un gimnasio, respondió ella. Sonreía abiertamente. Las cosas del café pensó él, observando sus ojos y viendo esa luz encendida al fondo, esa luz que brilla en los días soleados en la espuma de las olas del mar y que se queda pegada a los ojos de algunas mujeres. Ella contó, sobre el gimnasio y sobre un novio. Más tarde volvió a mirarla mientras ella se alejaba monológicamente, hablaba con el móvil pegado a la oreja, buscando en el bolso además. Desechó continuar con los planes matinales: una vuelta por Moyano y las librerías, un paseo por el Retiro también. Decidió regresar. La misma boca de Metro. En el suelo encontró un folleto que se habían dejado o que habían tirado. No tardó en reconocerla en una de las fotos, con mallas ajustadas y subida a un aparato parecido a una bicicleta. En el impreso había una lista de actividades, horarios, y teléfonos. Lo dobló con cuidado y se lo metió en el bolsillo, no sin percatarse de que notaba una sensación de alarma crucial en su interior, similar al efecto que produce el alcohol cuando se ingiere sin control. El aire cálido, espeso y sucio, del interior del vagón, le abofeteó el rostro.

\*/\*